



En Riso

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO:
D. CARLOS FRONTAURA.

DIRECTOR ARTÍSTICO:
D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.
Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar: Año, 15.
Número suelto, 15 cénts.—Atrasado, 25 cénts.

NUESTRAS CRIADAS, *por A. Perea.*



—Y ha servido usted en muchas casas?...
—Mire usted, señorita, á mí no me gusta entrar hoy y salir mañana. Este mes no he servido mas que en cuatro, y ésta cinco, si nos arreglamos.
—Y padres, tiene usted?
—Sí señor, aunque me esté mal el decirlo.





El discreto lector no podrá menos de convenir conmigo en que la salud es lo más amable de esta vida, y el primer elemento de salud la alegría. Aunque de otras ventajas carezca quien tiene salud y alegría, puede, en puridad, reirse del mundo entero... Desgraciadamente, el buen humor y la alegría no se logran así como se quiera, y son muy pocos los mortales que pueden ufanarse de haber sido favorecidos con ese bien, que vale más que todos los tesoros del mundo.

La generalidad de las gentes vive sujeta á las mayores contrariedades y á los más graves disgustos que poco á poco, y rápidamente á las veces, minan y destruyen la salud, con gran provecho de la benemérita clase médica y de la industria hoy más floreciente en España, que es la de la *Funeraria*. Nosotros hemos meditado mucho antes de resolver la creación de este Semanario. Si hubiéramos sido egoístas habríamos establecido un nuevo centro de pompas fúnebres; pero como no lo somos, preferimos consagrarnos con todas nuestras fuerzas á combatir enérgicamente á médicos y *funerarios*, y á proporcionar por poco precio á la humanidad el único remedio para evitar, y si esto no es posible, curar ó aliviar las enfermedades que tienen su origen en las contrariedades de la vida. Esto será menos productivo probablemente que la industria fúnebre, que tanto desarrollo ha alcanzado en nuestro país, pero será más agradable y más meritorio.

En medio de esas contrariedades que así afligen al pobre como al rico, tendrá el lector de nuestro Semanario el recurso de encontrar en *LA RISA* una distracción que le haga olvidar lo que ha excitado su bilis y le ha puesto de un humor de todos los demonios. ¿No es una verdadera ganga este paréntesis de alegría y esparcimiento en medio de las preocupaciones más enojosas?...

El cesante que no ve llegar el día de la reposición, el empleado que presiente le van á quitar el empleo, el que vive bajo el poder de una suegra, el que se casó con una fea porque tenía dinero, y ve que se va á acabar el dinero antes que la fea, el deudor que no descansa huyendo del acree-

dor, el acreedor que descansa menos persiguiendo al deudor, la soltera que vive desesperada porque se pasa el tiempo y ella también, el cómico que no hace efecto, el comerciante que se espanta del *debe* y no encuentra el *haber*, el industrial á quien el fisco fríe la sangre y le deja en cueros vivos, el aspirante á ministro que no realiza su propósito de asegurar la cesantía de los 30.000 del pico, la casada con marido que tiene cada lío que es un escándalo, el casero que no cobra, el inquilino que no paga, la doncella que está rabiando de las muelas, la viuda que con gusto perdería la viudez si hallase quien la sacase de la viudez, el bolsista que en un abrir y cerrar de ojos queda como el gallo de Morón, el que ha perdido las ilusiones, el que llora desengaños, el que es víctima de la envidia, de la injusticia, el que no puede salir de casa porque no está bien de ropa, el que no sabe qué hacer con tres hijas casaderas que no se casan, el que cayó en poder de usureros y no puede verse libre de sus garras, el que sostiene pleitos para provecho de curiales, el enfermo crónico, el que lo está de aprensión, el filósofo aburrido, el maestro de escuela que todo lo sabe menos cómo vivir, el rico blando de corazón que todo el día está recibiendo sablazos, el avaro á quien su dinero no permite un instante de tranquilidad, el casado cansado, el viajero que no quiere aburrirse, la gran señora ociosa..., en fin, todo el mundo hallará en *LA RISA* su propio retrato y su propia historia, y los retratos y las historias de otros que le han de entretener y divertir por tal modo que llegue á esperar con impaciencia la aparición de un nuevo número. Esta es la aspiración con que venimos á publicar *LA RISA*, y reunidos los elementos de que disponemos, no es aventurado asegurar que la hemos de realizar.

Todos los tipos que se encuentran en la sociedad, arriba, en medio y abajo, todos pasarán ante el lector de *LA RISA*. La crítica literaria, teatral y artística será en *LA RISA* tan justa como inexorable.

Queda para siempre desterrado de estas columnas el *bombo*. Haremos justicia seca, y nos reiremos grandemente de todo lo que sea malo, porque en materia de arte y de literatura no se puede transigir con lo malo. Todos los escritores de reputación ya hecha tienen abiertas estas columnas por si las quieren honrar con su agudo

ingenio, en lo que nos harán mucho favor, y los originales que recibamos de autores anónimos ó de los poco ó nada conocidos los publicaremos si son buenos, y si no lo son los tiraremos al cesto; con lo que dicho está que no devolveremos los originales que no se publiquen.

Y basta de introducción.

A todos nuestros lectores deseamos felicísimo año nuevo, es decir, que deseamos para todos salud y buen humor, con lo que es feliz toda persona de buena voluntad.



UN IDILIO.

Hállase la casta doncella sentada en un banco de la Plaza Mayor.

En actitud pudorosa, medita. ¡Quién sabe lo que medita! Acaso recuerda su aldea, los años de su tierna infancia, el alegre sonido de las campanas de la iglesia en día de fiesta, la pradera donde dió sus primeros brinco, los regocijos de la vendimia, los penetrantes chillidos de la víctima cerdosa en el momento de sujetarla para herirla en el cuello... ¿Quién sabe lo que medita?

Por delante del banco en que está sentada ha pasado ya tres veces un gallardo mancebo mirándola de reojo. La cuarta vez pasa más despacio y la mira, á tiempo que la doncella levanta la cabeza y le ve.

Y se dice:

—¡Un *melitar*!

Pasa el *melitar*, y ella le sigue con la mirada, y no puede menos de notar el bizarro porte del recio mancebo: alto, derecho, airoso, con su pantalón encarnado, su levita bien cortada, su cinturón blanco y reluciente, su sable arrastrando al lado izquierdo y su casco de blanco llorón... todo limpio, como si en aquel punto mismo estrenara tan vistoso atavío.

Ya no piensa la doncella en su aldea, ni se acuerda del agudo sonido de las campanas, ni de la verdura de la pradera, ni de la vendimia, ni de la luctuosa escena de la matanza, porque dice muy bajito:

—¡De caballería!

Y en la aldea no hay caballería mas que en plural.

Ya vuelve el *melitar*, y enfrente del banco se detiene breve espacio, hasta que al fin decídese y con aire marcial viene á sentarse en la misma piedra donde está sentada la casta doncella. Entre ésta y él habrá un espacio de medio metro, poco más ó menos.

El soldado se quita el casco, saca del bolsillo á *Frascuelo* y *Lagartijo* estampados en un pañuelo, y con éste se enjuga el sudor de la frente, y luego pulcramente limpia el interior del casco, acaricia el llorón y vuelve á cubrirse.

Las mejillas de la doncella han tomado súbitamente el color de las hombreras del guerrero.

—¡Qué calor!—dice éste.

Y ella, que siente en su rostro fuego vivo, calla.

El soldado la mira, pero ella no mira al soldado, aunque le ve.

De pronto el *melitar* rompe el fuego, diciendo:

—Joven, si incomodo...

—¿A mí?...—pregunta ella con cierto aire de indiferencia.

—Podía ser que estuviera usted aquí esperando á otra persona, si á mano viene.

—Por la presente, no señor.

Y ensancha un poquito la distancia que le separa de Marte.

—Joven,—pregunta éste,—¿es usted de Madrid?

—¿Va usted á llenar el padrón?

—Si la he faltado á usted, usted disimule.

—No señor, mayormente no me ha faltado usted.

—Era una curiosidad.

—Soy de la Alcarria.

—Me lo había figurado.

—¿Por qué?

—Por la olor á tomillo... Ya dije yo la primera vez que pasé por aquí esta tarde que por aquí había miel.

—¡Qué risa!

El soldado acorta algunos centímetros el espacio que le separa de la alcarreña.

—¿No ha reparado usted las vueltas que he dado antes de sentarme?

—¿Yo?... ¿A qué?... ¿Pa qué lo había de reparar?...

—Pues yo bien que reparé quién estaba aquí sentada... Porque, aunque me esté mal el decirlo, lo que es guapa lo es usted, y á mí me gusta ver una joven guapa...

—¡Buenos están ustedes!

—¿Quiénes?

—Los hombres, y los de tropa mayormente.

—¿Usted es criada, aunque usted disimule?

—No señor, soy niñera. Aquel niño del vestido azul es el mío...

—¿De usted?

—Quiero decir, de mi señorita.

—¡Qué feo es el condenado!...

ESCENAS DE LA CALLE.



UN IDILIO.—Dibujo de Daniel Perea.

[f] —Ha salido al padre.
 —Pues yo quisiera también una niñera.
 —¡Puedel ¿Tiene usted niños?...
 —Es para mí.
 —¡Ah! ¡Para usted!... ¡Qué lástima!
 —Teniendo yo niñera fácil es que tuviera niños;
 digo, me parece.
 —¡Pues no es usted pillo que se diga.

—Llámemelo usted otra vez, que me hace usted mucha gracia.
 —¡Para que una se fie!
 —¿Y no se va usted á fiar de mí?
 —Ni de usted ni de ningún hombre en el mundo. Porque son ustedes muy malos.
 —De los demás no digo, pero yo no soy malo.
 De modo que si usted quiere saber lo que es bue-

no, no tiene usted más que hablar conmigo desde hoy...

—No señor, porque, lo que digo, ustedes no quieren, pongo por caso, más que divertirse, y yo soy muy formal, y á mí en todo me gusta la formalidad...

—Lo mismo que á mí.

—¿Lo que á usted? Es usted de caballería.

—Y á mucha honra. Vamos, si me va usted á decir que sí...

—¿Yo?... Yo soy una chica muy formal, sépalo usted.

—Diga usted... ¿y siempre sale usted con la criatura?

Siempre no señor. Pues lo dicho, yo no estoy para perder el tiempo.

—Ni yo tampoco. Y tú me vas á querer, porque soy un hombre en el mundo, y cuando veas cómo te quiero, me vas á querer, te digo. ¿Cómo te llamas?

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Para mercar una estampa de tu santo y ponerle dos velas en el cuarto de banderas.

—¡Jesús, qué *desajerado* es usted!...

—Mira, no me has de llamar de usted.

—¿Quiere usted que te tutee? Ya sabe usted que yo no habiendo formalidad... ¡ni agual!

—Bueno, mujer, tendremos mucha formalidad.

—Pues me llamo Silveria.

—Pues ya sé yo cuál es el santo de mi devoción: San *Sirverio* bendito. ¿Conque quedamos arreglados?

—Yo... ya sabe usted lo que á mí me gusta...

—Sí, ya lo sé...

—Ha de ser una cosa formal...

—En ese punto no tengas cuidado.

—Pues entonces...

El soldado se levanta de pronto y se cuadra. Ella le imita.

Esque pasa un teniente, que, mirando de reojo á la chica, murmura con envidia:

—¡Qué ganguitas encuentran estos soldaditos!...

C. FRONTAURA.

PROBLEMAS.

Nunca he logrado entender cómo diablos puede ser opulento un matador, peligrosa una mujer y simpático un censor.

Amé á Inesita ¡cuán bella! me dejó por un amigo; y aún no acierto en mi querella si es que me quedé sin ella, ó es que se quedó conmigo.

¡Igualdad! oigo gritar al jorobado Torroba,

y se me ocurre pensar...
¿quiere verse sin joroba,
ó nos quiere jorobar?

MANUEL DEL PALACIO.

TIPOS POPULARES.



El día que á mí la empresa me *farte*, pongo por caso, á la empresa me la como y me fumo á don Servando.

HUMORADA.

Elevad el encanto del santo matrimonio á lo ultra-santo, y no tengáis empeño en hacernos creer que el que se casa tiene una cama grande, en la que pasa más horas de fastidio que de sueño.

CAMPOAMOR.

CONSULTA

AL SR. D. CARLOS FRONTAURA,
EN MADRID.

Mi querido señor y amigo:

Nunca dejo de leer las composiciones poéticas de don Manuel del Palacio que caen en mis manos. Me encantan por lo claras, por su lenguaje correcto y castizo, y, sobre todo, porque este renombrado vate lo mismo pulsa su lira con la ternura y suavidad de Garcilaso que con la atrevida valentía de Quevedo ó Carmargo de Zárate. Viene á ser un poeta, dicho sea en su elogio, que

lo mismo sirve para un fregado que para un barrido.

Como en tiempos pasados tuve resabios de Cervantista, se me fueron los ojos tras el soneto «Don Quijote y Sancho Panza», leído por el mencionado autor en el banquete con que obsequiaron en Madrid á los huéspedes extranjeros del Congreso Literario Internacional, en el mes de Octubre de 1887. Sus tercetos dicen así:

¡Huéspedes! permitid que os felicite,
Y si ya en vuestras tierras, hoy distantes,
Nos recordáis por cuerdos ó por locos,
Decid á quien saberlo solicite
Que habéis visto en la patria de Cervantes
QUIJOTES A GRANEL, Sanchos muy pocos.

Esto de la abundancia de Quijotes y de la escasez de Sanchos, como no sea galantería ó licencia poética, me parece inexacto.

Don Quijote fué siempre de apacible condición, de agradable trato y bien querido de cuantos le conocían; jamás fué ladrón ni lo pensó ser en toda su vida, y caminó por la angosta senda de la Caballería, por cuyo ejercicio despreció la hacienda, pero no la honra.

Entiendo, que así como se acabaron las brujas y los duendes, también murieron los Quijotes en el mundo. Indudablemente quedan algunos, que vienen á ser monumentos de arqueología moral. De cierto no pertenecen á su raza los autores de las *irregularidades* de Cuba, ni los desfalcadores de la caja de Ingenieros, ni los farautes de pronunciamientos, ni los secuestradores, ni los que medran con la política, ni los que cambian sus opiniones por un destino, ni los que se enriquecen administrando los bienes públicos, ni los que falsifican sellos y timbres, ni los que llevan dinero por despachar un expediente, ni los que soliviantan cigarreras, ni Lord Ailesbury, ni el general Caffarel, ni los veinte individuos privados, por indignos, de usar la cruz de la Legión de Honor si es cierto lo que refieren los periódicos), ni otros infinitos caballeros de España y de varias naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo.

En cambio juzgo que abundan sobremanera los Panzas partidarios de Camacho, en cuyas bodas sacan calderos llenos de gansos y gallinas; que bendicen al cielo llamando aventura de provecho á los escudos de oro de las maletas de Sierra-Morena, y que prefieren libranzas de pollinos á la corona de oro de la emperatriz y á las pintadas alas de Cupido.

Debo confesar, en obsequio á la verdad, que hay dos puntos en los cuales tiene hoy Don Quijote discípulos aventajados y sectarios á porrillo. Estos puntos son los que imitan, cuantos dicen y creen, con el buen Hidalgo, que su ley es su espada, sus fueros sus bríos y sus pragmáticas su vo-

luntad; y el otro punto es el de aquellos que, jactándose de cuerdos y honrados, entienden hacer buena obra desfaciendo fuerzas, acudiendo á los miserables y tirando á matar el Código Penal por medio de los indultos y perdones con que favorecen á los menesterosos y oprimidos, porque juzgan que es duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres. Estos pobres criminales, repiten los actuales Quijotes, no han cometido nada contra nosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado: Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello.

Con el abuso de tan bella doctrina dan larga cada día á unos cuantos Ginesillos de Pasamonte, que merecían arrastrar grillete por toda su vida; emplean la súplica y el favor para el malvado; la ley se tapa la cara, y en cuanto á la aflicción de la justicia y al llanto por las víctimas, allá que se aflijan y que lloren las madres que las parieron.

Esto sentado, la consulta se reduce á preguntar á V. si atendiendo, como debo, la opinión del señor Palacio, y aceptando las admirables calificaciones que hace en su soneto de *noble, honrado y generoso* á favor de Don Quijote y de *falso, egoísta y malín* en pro de Sancho, podré, para mi uso particular tan solo, decir los tercetos que antes copié del modo siguiente:

¡Huéspedes! permitid que os felicite,
Y si ya en vuestras tierras, hoy distantes,
Nos recordáis por cuerdos ó por locos,
Decid á quien saberlo solicite
Que habéis visto en la patria de Cervantes
LOS SANCHOS A GRANEL, Quijotes... pocos.

Y como procuro no olvidar que «*eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa*», recurre á V. en demanda de respetable fallo, su servidor y amigo que le besa la mano

EL DOCTOR THEBUSSEM

CARTERO HONORARIO.

Medina Sidonia, Noviembre á 3 de 1887 años.

RESPUESTA

AL ILUSTRE DOCTOR THEBUSSEM,

en Medina-Sidonia, ó donde se halle.

Mi querido señor y amigo:

Recibí su consulta, que tiene miga, más de lo que parece, y atentamente leída y releída, que tanto necesito en mi torpe inteligencia para hacerme bien cargo de las cosas, he de manifestar á usted que me hallo enteramente conforme con su opinión respecto del soneto de nuestro gran poeta Manuel del Palacio, y no extrañe usted que con

tal llaneza nombre á quien es mi amigo y compañero desde los primeros años de nuestra vida literaria.

Sí, mi querido y respetable doctor, la observación de V. es de aquellas que, como vulgarmente se dice, no tienen vuelta de hoja, y todo lo que usted apunta en su discretísima é intencionada consulta es verdad tan patente, que no podrá haber quien la contradiga.

Solamente el poeta que pensó el soneto podría sostener y justificar lo que escribió.

Ingenio le sobra para ello, y no es él hombre de achicarse aunque le salgan al encuentro campeones tan bizarros y de tan buenas armas pertrechados como usted, amable doctor.

Por esto entiendo que después de expresar á usted mi absoluta conformidad con su parecer en los reparos que pone al soneto del más famoso de nuestros *sonetistas* contemporáneos, debo pasar á manos de Manuel del Palacio la consulta de V. y mi respuesta, para que él, con la franqueza que le caracteriza y el donaire que V. y yo y todos le reconocemos, nos pruebe que estamos equivocados en nuestro juicio, ó reconozca nuestra razón, que así lo hará seguramente, si entiende que nos asiste, á fuer de hombre de verdad y de recta conciencia.

Siempre es de V. servidor y amigo que le besa la mano

C. FRONTAURA.

Madrid á 20 de Diciembre de 1887.

LAMENTACIONES DE UN FLACO.



EPÍSTOLA.

Dame gordura y te daré hermosura,
dice un refrán egipcio, que un cristiano

tradujo no sé cuándo al castellano;
y á mí se me figura
que lo mismo en Egipto que en Europa,
un hombre flaco, amojamado, enteco,
aunque tenga dinero y buena ropa,
ni luce la camisa ni el chaleco;
y si alguno al soslayo en él repara,
sólo es para decir indiferente:
ni tiene buena cara
ni debe ser persona muy decente.»

Por experiencia saco
que lleva un hombre gordo gran ventaja
siempre que le comparan con un flaco.
Embajador, ministro, consejero,
y otras cien canongías
que le llenan al hombre el *comedero*,
se ve todos los días
que el gobierno reparte con exceso
entre gente de peso,
de robusta papada y gran cogote;
pero le larga el hueso
al pobre pretendiente,
remedo del hidalgo don Quijote,
de cuerpo encanijado y transparente.



¡Qué grato es engordar! ¡qué bienandanza
disfruta el hombre gordo

que se hace al grito del amor el sordo
con las manos cruzadas en la panza!...

¡Oh, ventajas del gordo, yo os envidio,
y por gozaros con ahinco lidio!

Yo vi una vez luchar navaja en mano
á un hombre gordo con un hombre seco;
el furor infernal de la venganza
de los dos dirigía el hierro insano,
que á un tiempo se clavaron en la panza;
ni la bula de Meco

salvó al hombre delgado;
quedó de parte á parte traspasado;
y el gordo se refa

al ver que la navaja se embotaba
en la rolliza mole de manteca

que su robusto cuerpo acorazaba.

«¡Aquí me las den todas!» repetía,
mientras el pobre flaco se moría.

¡Los gordos!... Cómo envidio
su robustez, su calma y su papada;

yo, que flaco y chupado como Ovidio,
con este corazón tirano lidio,

que me ha jugado más de una tostada.

Estar gordo, ¡oh, placer! ¡oh, dicha inmensa!

Cuando en los gordos mi flaqueza piensa,

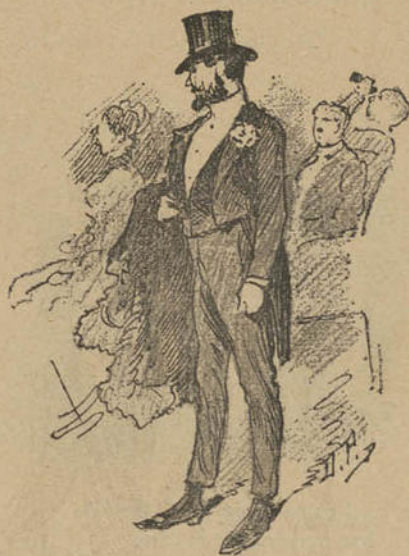
REFLEXIONES CALLEJERAS, *por D. Perea.*

—Mi mujer no puede ver á estas chulitas y á mí me gustan más que las chuletas.

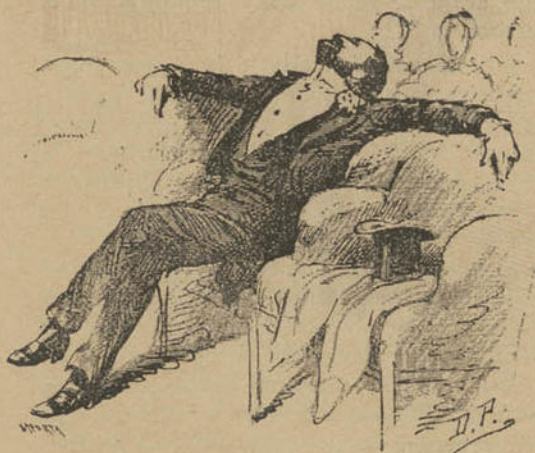
TEATROS.—IMPRESIONES.



Teatro de alta sociedad.
Poco ó nada el arte gana. .
Si acaso, la vanidad.



Cuando están representando
la escena de más empeño,
entra éste taconeando.



Princesa: el público es poco
y no se divierte mucho...
ni los actores tampoco.



En Eslava: ¡qué hermosuras!
¡qué voces! ¡qué arte! ¡qué gusto!
y sobre todo, ¡qué hechuras!

me irrito, me alboroto,
pues ha tiempo que noto
que si un flaco y un gordo de braceró
entran en un café, y el flaco un duro
le da para que cobre al camarero,
tenedlo por seguro,
el mozo se hace el sordo,
el sobrante del duro le da al gordo,
y de mirones la curiosa plaga,
se dice por lo bajo: «el gordo paga».
Si se compra un chaleco un hombre seco,
nadie en la prenda que compró repara;
si se lo compra un gordo, es cosa clara,
todos dicen al verlo: «¡qué chaleco!...»

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.



Los ratas de *La Gran Vía*
han aumentado la clase
y así ya en Madrid tenemos
ratas de todas edades.

CUESTA ARRIBA.

(ACUARELA.)

Cuesta arriba y apretando la panza porque la enjalma huye bajo el arco de sus piernas y la cincha viene holgada al cuerpo del burro, va incómodamente llevado, Pero Pachorra, imagen y semejanza de Sancho; y no es lo malo que él arrastre la barriga en demanda de aldaba ó asidero á que sujetarse, sino que á las ancas del animal va la avispada y asustadiza cónyuge del buen hombre, ya á lo que parece, bastante recelosa de los perceptibles movimientos del aparejo, porque abarcando con el brazo el abdomen de Pachorra, le dice, paseando la mirada del rabo del burro al colodrillo del esposo:

—Mira, Pero, que esto parece que se mueve.

—¿Qué, Dorotea?

—El aparejo. ¿No ves que va medio burro delante de nosotros?

—¡Tómalas ahí!... Si así fuera, todavía nos queda otro medio.

—No es para tener mucha esperanza.

—¿Por qué, mujer?

—Porque ya me zumban las moscardas cerca de los jarapos.

—Arremángate, no se te cuele alguna.

—Eso es; tú siempre con tu pachorra.

—Así me llaman.

—Y así está bien llamado. ¿Crees que vamos á tardar en salir por el rabo de la bestia?

—Peor sería salir por las orejas; por el rabo hay menos peligro.

—Vaya un ánimo de feria el mío con estos sustos por tu causa.

—Por la de la cincha, querrás decir.

—Si tú la hubieras apretado...

—¿Quién se iba á meter en eso?

—Para esto, mejor me hubiera estado en mi casa, donde me sostendría á pié firme.

—¿No vas agarrada á mí?

—¡Buena agarradera! Estiro todo el brazo y ni siquiera te llego al pecho.

—Añádele el otro y verás cómo alcanza.

—Vaya una hora de bromas.

—¿Qué rezas, mujer?

—¡Ay! ¡ay! ¡que me caigo!

—¡Mujer!

—¡Hombrel! ¡pero, Pero!...

Con esta inefable tranquilidad van á las regocijadas ferias de Mairena los dos enamorados esposos, y no parecen en verdad personas de ahí de más allá los tales, porque Pachorra, que posee el aire de todo un *ricacho* cortijero, lleva una cadena de oro, formada de finas hebras, en el cuello, así como bolsa bien repleta, en los extremos, á la cintura, y en su rostro se leen, mejor que en libro de clara impresión, la de alegría que llena su cara, pensando en los negocios que hará de paso en la feria, al ajustar yuntas para el arado y recuas de borricos.

Dorotea también delata á la persona rica y bien acomodada, pues amén del vestido de seda y los zapatos con escote, sobre los cuales dan los remates y puntas de las blondas, muestra dos voluminosos zarcillos erizados de chispas de diamantes, que dicen bien á las claras lo pudiente de la casa que tales lujos se permite.

Cuanto al animal, luce un madroñal, puede decirse, en la cabeza, en forma de bolas de estambre y rosas y morillas, y sobre la albarda, de paja fina y tela suave, lleva una serie de mantas guarnecidas con más hebras que un aguacero, entre las cuales se oculta una bien mullida albarda, que sin *collera*, porque ésta no se hizo *para boca del asno*, ostenta en la parte inferior el *atajarre*, de ancho de seis dedos de arriero, todo él hecho una vistosa fimbria á fuerza de aguja, que sobre el tejido dejó flores y más flores, como si el asno llevara una luciente primavera en la *culata*.

Con semejante porte de rocín, señora y caba-



llero, nadie podría tomar al matrimonio por personas de á tres ochavos la pila, y bien se ve que la dejadez y el abandono de Pachorra, antes de acusar miseria ó escasez, revela un temperamento nacido á propósito para que la persona sea el mejor día... comida por las moscas.

Siempre cuesta arriba, puesto que la pendiente parece querer poner á prueba los aspavientos de Dorotea y la infinita calma del jinete, *mascullo* el burro con las patas la distancia y trabajosamente da con los cascos en las piedras, resbala en esta hendidá pizarra, repónese en aquel ancho hoyo, hoca en aquel balate, y conduce á lomos el agachapado cuerpo del flemático, y el enjuto y con marcados signos de avispa de la impaciente.

Como no es sol lo que á todos se les viene encima, sino hoguera, pisa el burro sobre la densa sombra de los tres, ridiculamente escorzada sobre el

suelo, y cuando un casco parece querer salirse de la mancha movable y caer del lado de la luz, el otro entra fatalmente en ella, y cuando una pata se la desenreda, la otra queda metida de hoz y de coz, sin que logre ninguna de las cuatro, á pesar de sus esfuerzos, sacudirse el tenaz é incorpóreo murciélago que finge en el suelo la sombra.

El asno suda y resuda, sacudiéndose las moscas con el rabo, el cual, dando en sus mecidas allí donde con uñas de gato se agarra la infeliz Dorotea del aparejo, le da recios golpes en los nudillos como porra á estirado parche de tambor.

—Te he dicho que vamos á dar en tierra, Pachorra.

—Mujer, si queda todavía mucho burro.

—Él es el que me va dando de golpes con el rabo.

—Retira la mano y no te los dará.

—¿Y dónde me sujeto?

—Pues al aparejo.

—Si á él voy agarrada.

—Entonces, métete la mano en el bolsillo.

—Mira, que no estamos para bromas.

—¡Para bromas estoy yo!

Un repentino buche de risa hizo traquetearse todo

el mondongo del jinete, que por lo visto quería venir al suelo con su esposa.

—¡Eso es, ríete!—clamaba con principios de lloriqueo la mujer.—Ríete, cuando ves que no tengo dos dedos de aparejo donde agarrarme; yo me he tenido la culpa, por supuesto: quién me mandó á mí salir de mi casa para correr este peligro y exponerme á caer por un barranco. Luego, ¡contigo puede irse á cualquier parte! lo mismo se te da á tí de que yo me caiga, que de ver las zapatillas del Padre Santo. Bien podías no haberme...

Un nuevo borbotón de risa, más grande que el anterior, dejó oír, rojo como una guinda, el hombre, abrazado materialmente al borrico, porque el aparejo se escapaba por la trasera, y retembló toda su panza, como mecida por un pelotón de ondas de agua.

—Sí, ríe, ríe, que pronto llorarás. ¡Vaya un humor de hombre!

—¡Arre, burro, que vamos á Mairenal!

—¡Vaya una risa!

—¡Ja, ja!

—¡Que me caigo! ¡Ay! ¡Que me caigo!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Pero, hombre! ¡pero, Pero!...

Cataplúm: gran barrigazo. Dorotea, apenas cae al suelo, pónese en pié, lívida, sacudiéndose el polvo de la boca. El burro, acompañando un ronquido de una zapateta, arrea el aparejo por la culata. Y Pachorra, rociado como Don Quijote por el suelo, clávase los cerrados puños en los cuadriles, traquetea sin poderla contener la cabeza, y dice con un formidable temblor de vientre, brazos y carrillos:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!...

S. RUEDA.

EPIGRAMA.



Un vestido Lola Urquijo
á la modista encargó,
y, aunque la tela faltó,
—eche usted cola,— le dijo.

La modista; sin trabajo,
hizo la cola efectiva;
pero sisó... por arriba.
lo que arrastró... por debajo.

Y así su capricho Lola
vió doblemente cumplido,
pues, en verdad, que el vestido
trajo... muchísima cola.

José MARCO.

¡LAS CADENAS!

Digan lo que quieran los fisiólogos y los políticos y los que se meten en consideraciones de once varas, el hombre, colocado por la naturaleza en el mundo y dotado de toda clase de condiciones para disfrutar de una apacible libertad, tiene, sin darse él mismo cuenta, propensiones á la esclavitud.

No todos, entendámonos, no todos; pero vamos... la mayoría de ellos.

Lo que hay es que el hombre es el bicho más quejumbón que pisa el planeta.

Nada le contenta, nada le satisface, de todo se queja, y hasta me temo que allá en el cielo, si es cosa resuelta que allá vayamos á parar, ha de haber coro de protestas y de reclamaciones y de chinchorrierías.

Conozco yo patriota que si se le creyera, todos vivimos bajo la tiranía, encadenados por gobiernos y privados de toda bienandanza, y el hombre vive abrumado por el peso de un gran bastón de hierro que usa, y que cada vez que se le cae al suelo y le da en los piés le hace ver de día la osa mayor y la menor, y toda la casa de fieras astronómicas.

Otro amigo tengo que cada vez que me lo encuentro me saca la misma conversación.

—Esto va mal, muy mal.

—¿Pues qué sucede?

—Que aquí no se puede dar un paso.

—Ya veo que cojea usted.

—No; esto es de las botas, que me están muy estrechas.

—¿Pues á qué se refiere usted?

—A estos gobiernos y á estos gobernadores y á estos gobernantes.

—Pues yo no noto...

—¡Ah, usted! ¿No ve usted que tras de un gobierno opresor viene otro gobierno más opresor, y luego otro que oprime más? ¡Ah! Soy enemigo de las opresiones, ¡muera la opresión!

—Pero, hombre de Dios, ¿y por qué se somete usted voluntariamente á la opresión de esas botas?

—¿Qué quiere usted! Es moda.

Y así son todos, ó lo somos.

Encontrará usted un sujeto que echa sapos y culebras por la boca contra las Ordenanzas municipales, que no le dejan á uno moverse con holgura, y le verá usted al propio tiempo puesto en tortura por un cuello derecho, almidonado hasta la forma de cartón-piedra, que no le deja moverse y le convierte en un condenado á argolla, como si fuera un indultado de la última pena.

Digo que la regla general es que el hombre se queje de todo. Ustedes conocerán, como yo conozco, muchos sujetos que tienen á gala el reñir con cuantas autoridades encuentran al paso. Son enemigos irreconciliables de todo lo que huele á auto-

ridad, y como no es cosa de que soliciten una audiencia de un ministro ó de un capitán general para decirles en su propia cara: «Es usted un tal y un cual, y esto y lo otro y lo de más allá, y vendrá el día de la justicia, y el hombre será libre, y etc., etc.», como no pueden hacer tanto, se contentan con reñir con el sereno, llamar haraganes á los guardias del Ayuntamiento y hacer morisquetas á los de Orden público.

—Me carga la tiranía, ¡vamos!

Y echan á andar á casa del sastre y sufren todas las vejaciones imaginables.

—Desnúdese usted,—dice el sastre.

—¿Con este frío?

—Sí señor; hay que tomarle medida.

—Ya estoy desnudo.

—¡Apunta, muchacho!

Y le estruja la cintura, gritando: «¡Cincuenta y ocho!» Nuevo estrujón de pechos. «¡Sesenta y cuatro!» Apretón de caderas. Y «¡sesenta!» Y así le va palpando y apretando y dictando números como Catilina dictaba leyes.

Llega después el hombre á explanar su voluntad libérrima, y no dice cosa á que no ponga veto el tirano.

—Yo quería aquí unas solapas.

—¿Solapas? ¿Dónde ha visto usted que se lleven solapas? No señor, no hay solapas.

—¡Bueno, como usted quiera! El pantalón sí que le quiero cortito.

—¡Eso, á lo paletó! No señor, que ha de ser largo.

—Como se mancha con el barro...

—Pues ése es el objeto.

—¡Ya, vamos! La manga me la hará usted.

—De bala forzada, como dice Blasco.

Y en fin, que el día en que un hombre estrena traje se echa á la calle con la misma libertad que deben disfrutar los sujetos que arrastran grillete.

Pues de la misma ralea que el sastre son todos los demás sujetos de quienes se han de servir en el mundo.

El zapatero les oprime los pies.

El camisero les hace ir con el cuello agarrotado.

El barbero les rasca desapiadadamente.

Y el cochero, el mozo de café, la cocinera, la portera... todos, en fin, le imponen leyes, á que el hombre vive sujeto... y contento... y lo paga... y... da propina.

¿Ustedes comprenden la humanidad?

Siempre me acordaré de un infeliz sujeto á quien conocí hace tiempo, que se pasaba las noches en vela escribiendo pasquines, que luego engrudaba por las esquinas, en los cuales pedía continuamente la emancipación del hombre, y por las mañanas hacía el chocolate á su mujer, ponía las ollas á la lumbre, barría, fregaba, iba á la compra, y todos los días, á tiempo de pedirle al

carnicero media con hueso, le decía con voz aguardentosa:

—«Desengáñese usted, maestro!, hasta que esto dé una vuelta no podemos estar bien.»

ANDRÉS CORZUELO.



—¡La 10.000 de La Gran Vía!
Esta noche iremos, Casta,
porque á mí me gusta mucho
ver aquello de los ratas.

PRECOCIDAD INFANTIL.

—Mire usted, mire usted lo que dice *La Correspondencia*,—exclamaba don Cosme, dirigiéndose á sus contertulios de café.—«La cuadrilla de niños toreros ha causado un verdadero asombro en Pamplona. Los matadores principalmente se han presentado en el anillo con el arte de *Lagartijo* y la bravura de *Frasuelo* unidos, dando estocadas hasta mojarse los dátiles, descabellando á pulso y logrando que les regalen las orejas.»

—Pues qué,—interrumpió don Abundio,—¿no tienen orejas esos niños?

—El regalo de la oreja,—contestó sustancialmente don Cosme,—se refiere á la del toro, y los más ilustres tratadistas lo explican diciendo que dicho regalo presupone el del valor del toro muerto.

—¡El demonio son los chicos!—exclamó otro de los tertulios.—¡Y que lo mismo sirven para un barrido que para un fregado! Ya ven ustedes esas compañías infantiles que recorren las provincias representando comedillas... Y no comedias como las que escriben algunos autores de poco más ó menos, sino *El Gran Galeoto*, *El nudo gordiano* y todo lo más saliente del día.

—¿Y los ejercicios gimnásticos que hacen en los circos? Yo he visto á un niño descoyuntado, que tendido lo mismo que una rana meneaba la cabeza como el badajo de una campana, que parecía que iba á desprendérsele de los hombros.

—Pero eso—dijo don Cosme—debería estar prohibido.

—¿Por qué no prohibir entonces también las corridas de toros con niños lidiadores? Lo mismo peligran.

—Pues con permiso de ustedes, si ambos espectáculos son peligrosos, no juzgo mucho más digno el teatral. Digo yo, que las artes del fingimiento y las enseñanzas de las comedias que ustedes han citado bien valen lo que una cornada que les abra en canal ó un ejercicio en que se hagan tortilla.



—Ustedes divagan, —interrumpió don Abundio;—aquí hablamos sólo de la precocidad infantil, y ustedes mismos la están demostrando al señalar sus peligros.

—¿Pues qué duda cabe de dicha precocidad? Mire usted, en mi propia casa vive una niña que tiene siete años, que canta y baila por lo flamenco en los cafés y que ya se ha escapado tres veces del lado de sus padres para seguir á otros tantos amantes.

—¡Ah! Yo conozco al niño de un tabernero que antes de los seis años abría el cajón del mostrador, se apoderaba de los cuartos que podía, y los gastaba alegremente... en otra taberna. La naturaleza humana es muy sabia, y por lo mismo que hoy concede menos años de vida, permite que se aprovechen mejor.

—¿Y los muchachos que en la flor de su niñez se dedican á descuideros, y proveen de pañuelos y relojes á toda su familia?

—¿Y los que se enredan á puñaladas en cuanto tienen uso de razón?

—Pero veo, queridos amigos, que todos ustedes hacen resaltar la precocidad para lo malo, pero se callan la que conduce á lo bueno. ¿No tenemos acaso niños predicadores de siete años? ¿No vemos á licenciados en facultad mayor con media ceñida ó pantorrilla al aire y cuello marinero? De éstos, de éstos sí que nacen los arzobispos y los magistrados, los grandes poetas y los grandes oradores... Castelar, de niño, predicaba unos sermones que daba gozo el oírle, y Moret no digamos nada.

—Pero esa precocidad es fatal muchas veces. ¿Cuántas no hemos leído que niños de quince años



se suicidaban, dejando escrito al juez de guardia que lo hacían por estar cansados de la vida?

—Por lo que decían ustedes de poetas, yo tengo un sobrinito que es un asombro y que apenas hace mas que hablar en verso. ¿Le llaman á comer? Pues él exclama:

He notado sin rodeos
que la sopa es de fideos.

Le dicen que estudie, y contesta:

No tiene mucha sal ática
esta endiablada gramática.

Le dicen que van á llevarle á la comedia, é improvisa en seguida:

Ya estoy listo, que idolatro
ir por la noche al teatro.

—¿Pues sabe usted que si el niño sigue así va á ser un portento? ¿Y qué edad dice usted que tiene?

—Nueve años; pero á consecuencia del sarampión estuvo tres si se muere ó si vive, hasta que el médico Santero le hizo una operación en la cabeza.

—¿Una operación en la cabeza y hecha por un médico-poeta? Pues no lo duden ustedes, de seguro que introdujo en ella al niño alguna materia que, combinada con sus propios jugos cerebrales, da esos resultados.

—¡Ah! Pues cuando escribe sus versos hace cosas más sorprendentes aún. El día de mi santo me obsequió con una orla muy historiada, y en medio de ella esta composición:

Aunque no estoy muy seguro,
pues de almanaques no fío,
si son hoy tus días, tío,
bien puedes soltarme un duro.

—¿Y lo soltó usted?

—¡Pues no que no! Es preciso, por el buen

EN EL TEATRO REAL.



—¿A quién miran todos estos gomosos?...
—Pues á ¡Marujilla, la que vendía ramitos en el Retiro... Ahora palco, victoria, sombrero con

pájaros, abrigo de pieles y rendido á sus piés al conde de la Tenacilla, de la más pura y antigua nobleza.

nombre de la familia, alentar á ese genio. Lo que no he conseguido leer todavía es una composición que dedicó á la hija de un guarnicionero, porque creo que es del género picaresco, y tan intencionada, que hasta los hombres de más barbas se ponen colorados al leerla.



—¡Diantre de chicos!

—Y que no hay que darle vueltas: son los hombres del porvenir. ¿Se acuerdan ustedes de aquellos chicos del arpa que hace treinta años cantaban por Madrid lo de

«somos chiquititos
mañana creceremos?...»

—Ya lo creo; ése es el himno de Garibaldi, con sus mueras á Pío Nono y todo.

—Pues vean ustedes si se han salido con la suya, estableciendo el nuevo reino de Italia...

—¡Se prohíbe hablar de política!—exclamó á esta sazón don Abundio.—Gracias á este previsor acuerdo nos reunimos aquí todas las noches carlistas y liberales, y no es cosa de quebrantarlo.

—Muy bien dicho. Y á propósito, aún no he pagado... ¡Mozol!

—Señor.

—Espera... Pues si yo traía dinero en el chale-

co... ¡Bah! Cosas de mi sobrinito el poeta... Me lo habrá quitado para comprar cualquier majadería... Vaya, mañana te pagaré.

OSSORIO y BERNARD.



En el café Inglés oímos la otra noche esta conversación:

—¿Conque se queda usted con el caballo?...

—Hombre, no me disgusta; pero necesito probarle.

—Mire usted, es un animal incansable, fuerte, un rayo en lo ligero. En fin, usted sale con el caballo á las doce de la noche, y á las tres de la madrugada está usted en Guadalajara.

—Pues no me conviene, porque diga usted, ¿qué hago yo á las tres de la madrugada en Guadalajara?...

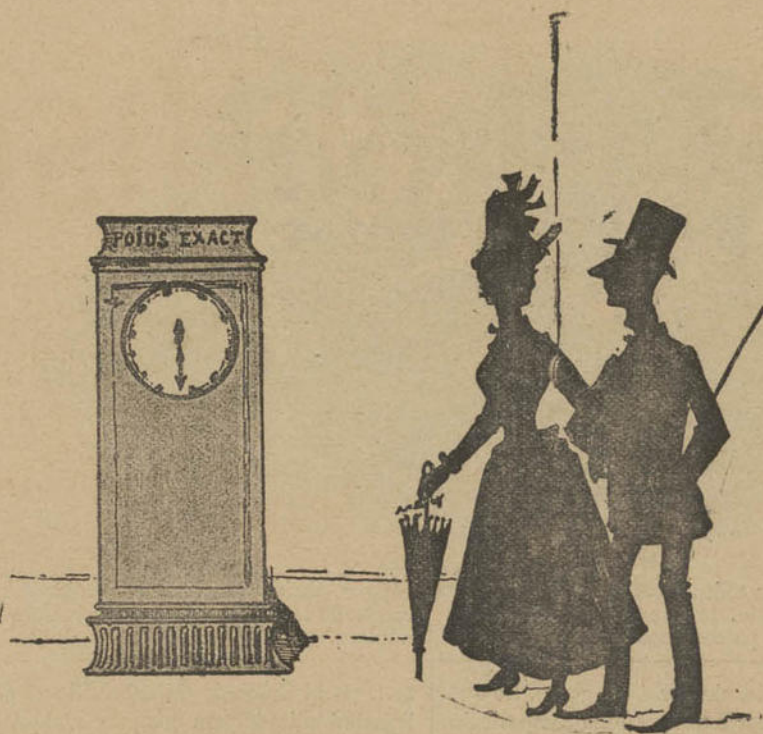
ADVERTENCIA.

Desde el número próximo publicaremos *Crónica semanal*, *Novela* y una curiosa sección de *Pasatiempos*.

Contamos con la colaboración de D. Eduardo de Palacio, cuyo nombre se omitió en el *Prospecto*, bien á pesar nuestro, porque no nos atrevimos á incluirlo antes de haber obtenido de tan ingenioso y ameno escritor la promesa de honrarnos con sus producciones.

MADRID, 1888.

Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.



—Mira, Juanito, ¿quieres saber lo que yo peso?... Dame diez céntimos.

—Mariquita, lo que tú pesas lo sé demasiado, y te aseguro que la báscula no me dirá el peso exacto.

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE

artículos y poesías de nuestros principales literatos, y viñetas y caricaturas de los mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería.

OBRAS NUEVAS.

HISTORIA DE UN BESO

FOR

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Un tomo en 8.º, con una preciosa cubierta al cromo. Precio, 2,50 pesetas.

ENSALADA RUSA

FOR

J. JACKSON VEYAN.

Un tomo en 8.º, con una bonita cubierta al cromo. Precio, 2 pesetas.

LA PROSA DE LA GLORIA

por

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Un tomo en 8.º, con cubierta al cromo. Precio, 2,50 pesetas.

